

*19 de octubre de 2416*

*Hace semanas que no crece nada comestible en esta tierra. La cosecha muere antes de nacer. El ganado es débil, he llegado a pensar que su carne se pudre aún en vida. No puedo siquiera distinguirlo al comerla, pues en estos días comer es algo que Sigmar reserva a unos pocos privilegiados, y juro por el Imperio que antes daré mi vida que privar a mis hijos de un trozo de carne que llevarse a la boca, por minúsculo que sea.*

*El pequeño está muy enfermo. He tratado de bajar hasta Eilhart a pedir ayuda, pero esa condenada ciudad es un agujero de ratas ebrias y egoístas a las que en época de necesidad pocas cosas preocupan más allá de racionar el vino; y el templo del culto a Sigmar goza de muy poca actividad desde que el Gran Teogonista murió y los fieles se congregaron en Altdorf a la espera del nombramiento de un sucesor. Trato de no caer en la desesperación, pero no recuerdo el último día que no amaneció gris. Dioses y hombres nos han abandonado.*

*24 de octubre de 2416*

*Hoy he salido a cazar. Cada vez el bosque alberga menos vida, y raro es el día en que no tengo que conformarme con restos de animales que ya han sido cazados por otros. Temo alimentar a mis hijos con esta carne, pues no quiero ni imaginar qué clase de criaturas pueden haber hundido sus colmillos en ella. Procuro cocinarla bien, y durante breves minutos, reunidos al calor del fuego, los veo comer y casi me parece encontrar unas migajas de paz entre tanta muerte.*

*26 de octubre de 2416*

*El pequeño está muy mal. Esta noche me despertó entre llantos y no fui capaz de contener el miedo. Su piel cada día está más pálida, su tripa se ha hinchado y fuertes fiebres le impiden dormir. Por la mañana volví a bajar a Eilhart en busca de algún tipo de hierba o de licor que alivien su dolor. No es en absoluto agradable para mí tener que relacionarme con esa gente que nunca ha tenido interés por lo que sucede más allá del Reik mientras sus bodegas estén llenas y sus mujeres calladas, pero la vida ya no se parece a mis años en Mariemburgo y, a veces, uno tiene que*

*tragarse su orgullo y recurrir a esta clase de calaña, aún incluso a costa de la súplica.*

*Cuando bajé por primera vez a la ciudad me dirigí a la taberna más concurrida: “El tambor y el sombrero”. Pensaba que, al congregarse allí la mayoría de la gente, me sería más fácil encontrar ayuda. No pude equivocarme más. La lúgubre niebla que impregna estas tierras no es menos evidente allí dentro: hombres indistinguibles de fantasmas bebían vino a la luz de pequeños candelabros, el humo de sus pipas sobrecargaba el ambiente, y sus conversaciones se reducían a breves murmullos que no fui capaz de entender. Me dirigí al tabernero en tono respetuoso y, descubriendo mi cabeza oculta tras la capucha, le pregunté por cualquier hierba medicinal que pudiera ofrecerme, por humilde que esta fuera. No sé si me tomaba el pelo o es que en Eilhart la inteligencia escasea después de tanto fornicar entre hermanos, pero se limitó a indicarme que allí solo vendían vino.*

*Esta vez no tenía tiempo que perder ni orgullo que me frenase, así que fui llamando puerta por puerta con la esperanza de encontrarme alguien con un mínimo de empatía. Algunos se ofendieron por mi visita, otros ni se dignaron a abrir.*

*Finalmente, fui a dar con una casa a las afueras, notablemente más grande que las demás. Al poco de aporrear la puerta esta se abrió dejando al descubierto a una mujer de avanzada edad, pequeña estatura, gesto sonriente y bastante entrada en carnes. Estas dos últimas características ya deberían haberme hecho sospechar, pues no es precisamente común encontrar gente gorda y feliz en Eilhart. No obstante, la mujer me invitó a entrar y yo así lo hice. Lo que allí tuve que vivir aún me perturba.*

*Me llevó a una pequeña salita y me ofreció asiento con delicadeza. Yo se lo agradecí, pero no me demoré en explicarle mi situación e implorarle ayuda en nombre de Sigmar. Ella, amablemente, me explicó que carecía de conocimientos medicinales, pero que podía ofrecer alivio espiritual a mí y a mi hijo. Me extrañó que desconociera que el templo de la ciudad se encuentra vacío y que, por lo tanto, no había plegaria alguna a la que pudiera acudir, pero al recordárselo se limitó a mirarme con una sonrisa de lástima. Había ternura y comprensión en sus ojos, lo que, sin duda, me influyó para fiarme de ella.*

*Sin mediar palabra, la mujer se dirigió a la estantería y escogió uno de los libros. Me advirtió que pocos hombres en el Imperio estarían dispuestos a leer los pasajes que en él se encontraban, pues excedían los límites que la fe humana está dispuesta*

*a asumir, pero que hacerlo podía sanar tanto la carne como el alma más marchita. Hasta que no puse mis ojos sobre esas páginas no logré entender a qué se refería: no vi referencia alguna a Morr, Ulric o Taal; ni siquiera al propio Sigmar. Por el contrario, y pese a que solo leí por segundos, tuve que presenciar una basta caterva de blasfemias e insultos a la decencia que prefiero no tener que recordar. A pesar de que intenté no ser brusco, es evidente que aquella mujer advirtió mi desaprobación. Traté de despedirme, pero ella insistió; por alguna razón, sentí por breves momentos que mi misera era comprendida por otra persona por primera vez en mucho tiempo. Con una mano en mi brazo me pidió que no tuviera miedo, que me fiase de su experiencia y que, simplemente, leyera los primeros pasajes cuando mi hijo ya durmiera. Sin darme espacio a responder, me acompañó con suavidad a la entrada, guardó el viejo libro en el bolsillo de mi abrigo, y cerró la puerta a mi salida. Para una persona que se interesa por mí y resulta que es una puta loca sacrílega.*

*Y ahora aquí me encuentro, con esa basura herética en la mesa del comedor pidiéndome a gritos que le prenda fuego.*

*29 de octubre de 2416*

*No sé si se debe a la angustia o a la costumbre, pero he dejado de sentir hambre.*

*No puedo seguir dándole al niño más cerveza del Reik para que descanse. Sigmar sabe la culpa que siento por verle en este estado, pero es la única forma de hacerle calmar. Su hermano cree firmemente que se recuperará, y a mí algo se me parte por dentro cada vez que le convengo de ello, pero la esperanza e inocencia de los niños es un regalo demasiado breve y valioso como para no tratar de conservarlo.*

*31 de octubre de 2416*

*Estoy seguro de que va a morir. Es incapaz de levantarse de la cama y apenas puede articular palabra. No le auguro más de dos días. Gustosamente daría mi vida a los dioses a cambio de la suya si pudiera y, sin embargo, lo único que estos me ofrecen es ese libro. No negaré que estos días me he visto tentado a abrirlo. Estoy desesperado; desesperado y solo.*

*2 de noviembre de 2416*

*Sirva esto como despedida, si es que alguien llega a leerme. En unos minutos le prenderé fuego a la casa con este diario dentro y yo marcharé hacia el bosque.*

*Anoche no aguanté más y cedí ante la desesperanza. Cuando los críos se fueron a dormir abrí el maldito libro y lo leí en voz alta. Prefiero no reproducir aquí las palabras que salieron de mi boca, pues desde entonces me atormentan terribles pensamientos, pero no me avergüenza reconocer que, arrodillado ante la chimenea, lloré y supliqué por la vida de mi hijo sobre esas páginas.*

*Cuando me desperté esta mañana aún no había amanecido. Los críos no estaban en la habitación. Tras buscarlos con insistencia escuché risas en el corral. Todavía no estoy seguro de que esto no haya sido una pesadilla.*

*Allí, al resguardo del dañado tejado y tendidos sobre un lecho de paja humedecida por la sangre, encontré a mis hijos. El mayor yacía muerto, y el pequeño devoraba su estómago con una voracidad antinatural. El hedor que desprendía la escena era insoportable. Su carne verdosa se había podrido dejando entrever sus órganos, nauseabundos fluidos rebosaban en su boca entre restos de vísceras, e hileras de insectos emanaban de sus ojos ennegrecidos. Sin embargo, una amplia sonrisa adornaba su cara y acompañaba una risa infantil llena de vitalidad que nunca antes le había escuchado.*

*He tenido que degollarlo.*

*Ya no me queda nada. Entre gritos de dolor até una soga a una de las vigas superiores del tejado del corral y rodeé mi cuello con su nudo. Cuando salté del taburete solo deseaba reencontrarme rápido con mis hijos, pero es evidente ese condenado libro ha traído una maldición sobre mi familia. Permanecí minutos colgado de la jodida cuerda mientras observaba sus desfigurados cuerpos tendidos sobre la sangre. Nunca me faltó el aliento, no sentí la más mínima falta de aire, no he podido morir. Ya solo siento pena y ni siquiera se me permite escapar.*

*Arrodillado sobre el barro he alcanzado a ver mi rostro reflejado sobre un pequeño charco enrojecido por la sangre. El blanco de mis ojos ha comenzado a desaparecer dejando paso a una terrible oscuridad, y mi piel se transforma en pestilente costra. Dudo de si puedo llamarme a mí mismo humano.*

*Nadie llegará a saber esto nunca ya que no pienso volver. Esos hijos de puta conocen muy bien cómo perseguir estas cosas cuando el objetivo son personas humildes y el delito es haber sido engañado. No puedo dejar que me encuentren, pues es seguro que vendrán a por mí, siempre lo hacen.*

Fragmentos del diario rescatado por Berthold Von Schröder, cazador de brujas, entre las ruinas de una vivienda al norte de Eilhart. La casa se encontraba completamente reducida a cenizas. El diario estaba intacto.